

La Inmaculada Concepción

Sábado, 8 de diciembre

En medio del Adviento la figura de María, en la fiesta de la Inmaculada Concepción, nos descubre y ayuda en nuestro proceso personal y comunitario de cara a las próximas fiestas de la entrada de Jesús, el Hijo de Dios nacido de María, en la historia. Tanto en Jesús, como en María, se realizan las promesas de Dios en los hombres que asumen su proyecto de vida y esperanza.

El pueblo de Israel siempre vivió su relación con Yahvé, creador y liberador, como el Dios que cumple sus promesas. Los libros del Antiguo Testamento están llenos de promesas, y María seguro que las había escuchado y aprendido desde niña. Lo que ella no tenía previsto era que cualquiera de nosotros puede formar parte de las promesas de Dios y llevar adelante alguno de sus planes de salvación que Él ha pensado desde siempre para la humanidad.

María en esta fiesta de la Inmaculada hace confesión de fe en las promesas de Dios y se muestra dispuesta a llevar adelante la misión encomendada: hacer presente en medio de la vida de la gente, el proyecto salvador de Dios para los hombres. De esta manera renacerán en el pueblo las esperanzas de caminar hacia unos cielos nuevos y a una tierra nueva.

María que nos acompaña en el recorrido de este Adviento nos debe ayudar a percibir lo nuevo que está naciendo en nosotros, a nuestro lado y en los lugares más alejados, donde hombres y mujeres se esfuerzan en vivir como hermanos.

+++++

7 de diciembre, "Gran Vigilia de la Inmaculada", 9 noche
Catedral de la Almudena (Bailen, 10). Basílica de la Merced (Moscardó, 23) y Maria Auxiliadora (Ronda de Atocha, 25).

8 de diciembre, Solemnidad de la Inmaculada Concepción.
En nuestra parroquia el horario de Misas es el habitual de domingos y festivos.



“Levantaos y
alza la cabeza
porque se
acercará vuestra
liberación”

**NTRA. SRA.
DE ATOCHA**



1º de ADVIENTO (2 de Diciembre 2012)

Este domingo comenzamos el tiempo litúrgico de Adviento; tiempo de preparación espiritual para celebrar el acontecimiento más grandioso de la historia de la humanidad: La salvación definitiva de la humanidad se hace realidad con el nacimiento del Hijo de Dios, hijo de María Virgen, “en Belén de Judá”.

Tiempo para descubrir que nuestra vida pende de una promesa de libertad, de justicia, de fraternidad todavía sin cumplir; tiempo de vivir la fe como esperanza y como expectación; tiempo de sentir a Dios como futuro absoluto del hombre. Así anunciaba Jeremías, (primera lectura), este acontecimiento en la lejanía de los tiempos, al pueblo de Dios: “Mirad que llegan días, oráculo del Señor, en que cumpliré las promesas que hice a la casa de Israel y a la casa de Judá: en aquellos días y en aquella hora suscitaré a David un vástago legítimo, que hará justicia y derecho en la tierra. En aquellos días se salvará Judá y en Jerusalén vivirán tranquilos; y le llamarán así: Señor-nuestra-justicia”.

Pero el evangelio de Lucas nos sitúa en la verdadera realidad de nuestra historia. Ciertamente, ese salvador de la humanidad se ha hecho presente entre nosotros; pero la salvación individual y colectiva va a depender de la soberana libertad humana. El nacimiento del Salvador, de Jesús, es la oferta generosa y definitiva de Dios a la humanidad, en la medida que el ser humano, individual y colectivamente, acoja y acepte esa salvación ofrecida por Dios, en “su Hijo, el Predilecto, el Amado”. Y la reacción del hombre, ante la oferta de Dios, no ha sido aceptada, ni siquiera escuchada, dando lugar a todos los desastres y calamidades que, a lo largo de la historia, está sufriendo nuestra humanidad y toda la creación.

El evangelio de hoy es una llamada apremiante de Dios, a toda la humanidad, para que rectifique su conducta y acepte, definitivamente, que la felicidad y salvación de la humanidad solamente está en la fidelidad a un Dios que nos ha creado y “recreado”; y que nos ha mostrado su amor infinito en su Hijo, Jesús de Nazaret. Él es nuestra esperanza definitiva y segura: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”.

Jeremías 33, 14-16
Tsalonicenses 3, 12-4,2
Lucas 22, 25-28

Las personas que viven con intensidad la virtud teologal de la esperanza son aquellas que se han tomado muy en serio esta afirmación: “**Lo mejor está por acontecer**”. Lo mejor no está en el presente ni en el pasado. Lo mejor hay que situarlo en el futuro. El que espera de verdad sabe que detrás de la realidad hay siempre otra realidad, más profunda y hermosa.

Quien vive de verdad la virtud de la esperanza apuesta por la utopía, aunque luego quede a medio camino. Sin esperanza, la utopía no surge, y sin utopía, la vida se vuelve anodina y vulgar.

Las personas con esperanza apuestan siempre por el futuro, apuestan por algo que merece la pena de verdad. Sólo la esperanza es capaz de despertar sueños y en todo o en parte realizarlos.

No nos resignemos a que el mundo sea como es. Seamos de los que esperan firmemente que el hombre y el mundo puedan y deban cambiar. Desde que Dios se hizo hombre en Jesús de Nazaret, la transformación del hombre y del mundo es posible. El fundamento más importante de la esperanza cristiana es, sin duda, la encarnación y el nacimiento de Dios. Desde la llegada de Dios a la historia humana, esta historia puede ser radicalmente transformada porque en ella se ha hecho presente el mismo Dios con voluntad salvadora. Dios ha venido a salvar el mundo, no a condenarlo.

Sin olvidar que esta gran esperanza debe de ir acompañada de una esperanza más pequeña y activa, que es nuestro compromiso por un “Mundo Mejor”.